

QUIERO SER ESCRITOR

(Método didáctico para escritores principiantes)

Nos dice su autora:

He compartido con numerosos escritores a través de los años, - por eso de que Dios los crea y ellos se juntan. Casi siempre dentro de un gremio sus miembros buscan colegas con quienes compartir afinidades e inquietudes. Quizás porque no siempre quise ser escritora, en el momento que decidí escribir una novela busqué libros y personas con experiencia que me pudiesen guiar y compartir conmigo la fórmula secreta para lograr escribir un buen libro. En aquel entonces no encontré ningún libro que me orientara y diera respuesta a algunas de mis innumerables preguntas. Todo lo que me decían otros escritores me parecía demasiado abstracto. Hasta llegué a pensar que si alguien había descubierto los secretos, no los iba a compartir con una neófito. Por eso, después de mucho andar con algunos aciertos e innumerables tropiezos, desilusiones, inseguridades y miedos dentro del mundo de las letras, decidí escribir este libro de manera sencilla para todo aquel, que como yo, un día descubrió dentro de sí mismo el deseo de ser escritor.

ENIGMA DE PASIONES

Novela

Sinópsis:

Ricardo es un atractivo y exitoso ejecutivo que se mueve como pez en el agua en la agitada España de los ochenta, inmersa en un vertiginoso proceso evolutivo. Los horizontes se amplían en los negocios y en la vida privada de los españoles, las costumbres se relajan de un modo impensable sólo unos años antes... Soltero impenitente, Ricardo cae sin embargo rendido a los encantos de Ana, la bellísima hija adolescente de unos amigos. La tortuosa relación de amor y odio entre Ricardo y Ana funciona como hilo conductor de una trama que, extendiéndose como una tela de araña, acaba implicando a todos los que asoman por estas páginas. Vamos así descubriendo que no es oro todo lo que parece: respetables padres de familia se entregan a ilícitas pasiones en secreto, aristócratas de muy rancia y católica estirpe sucumben a la lujuria, la traición y la maledicencia tratando de satisfacer sus instintos, largamente reprimidos... Las historias de todos ellos entretejen una novela trepidante, una obra valientemente realista y explosivamente erótica que se desarrolla entre Madrid, Marbella, Londres, Miami y París.

CAPITULO IV

Los días pasaron lentos para Ana después de aquella memorable noche de septiembre. ¿Cómo había sido capaz? A veces no estaba segura de que todo aquello hubiese sucedido. Esa noche Ana descubrió cosas increíbles dentro de sí misma. Sensaciones aún más intensas de las que había sentido en su primer encuentro con Ricardo. ¿Quién era ese hombre que calaba su entraña de una manera tan asombrosa? Él sabía tocarle una fibra que ella nunca había sentido. ¡Pero si era un carroza: tenía lo menos cuarenta años! Podía ser su padre. Creía estar un poco mal de la cabeza. Esto, definitivamente, no era normal. Y a la vez era muy extraño. Desde la primera vez que le vio en Marbella, sintió como si lo conociese de siempre, como si aquella no hubiese sido la primera vez. Existía un aire de familiaridad y de excitación entre ellos que no respondía a razones. Casi lo esperaba aquella tarde, y no quiso salir. ¿Fue acaso una premonición?

Cuando sus padres y Javi salieron, ella prefirió quedarse en casa. Se encontraba perezosa. Miró el jardín por la cristalera amplia del salón. En medio estaba la piscina. Con tanto calor le apetecía darse un baño, así que decidió chapotear un rato. Aunque no sabía nadar, el agua la relajaba mucho. A partir de aquel susto que pasó de pequeña, cuando por poco se ahogó, le tenía miedo al agua. No le gustaba estar donde no hacía pie. Ahora, había aprendido a flotar, y cuando estaba sola se sostenía muy bien.

Fue a su habitación a ponerse el traje de baño. Escogió el modelito blanco, que no se ponía nunca. No se dio cuenta al comprarlo, pero cuando se mojaba, se transparentaba todo. Se le veían los pezones y la sombra del vello del pubis. Esto le daba cierta vergüenza. Pero ahora no la vería nadie, así que se lo puso. Llevaban dos semanas en Marbella y estaba relativamente morena. Ana se miró al espejo y admiró su cuerpo. Resaltaba más su color moreno con el bañador blanco, el pelo destellaba reflejos rubios y los ojos se le veían muy claros hoy. Sí, estaba guapa. Parecía que tenía más de quince años. Desde los doce medía ya un metro setenta, y en el último año su cuerpo se había acabado de redondear. En un año subió dos tallas de sujetador. Le gustaba su pecho, era como el de las revistas, y su culo rellenito y respingado llamaba mucho la atención.

Cogió la crema bronceadora y salió hacia la piscina. La asistenta se despidió hasta el día siguiente. Hacía mucho calor y antes pasó por la cocina a servirse una coca-cola. ¿Y por qué no mejor un cubata? Sí, hoy podía; estaba sola en casa. Buscó la botella de Bacardí y echó un buen chorro en el vaso largo. Puso tres cubitos de hielo y lo completó con coca. Bebió un sorbo. “¡Vaya está un poco fuerte!”, pensó. “Con esto me voy a colocar.” Con el vaso en la mano salió a la terraza y se sentó en la tumbona a beber el cubata, la mirada perdida en el horizonte.

“Despacito”, pensó. “No te bebas esto demasiado rápido o verás.” Ya iba por la mitad del vaso y se acercó a la piscina. Se sentó en el borde y metió los pies. Luego dejó el vaso vacío junto a la piscina y se deslizó lentamente al agua. Cerró los ojos y se dejó flotar. Estuvo así unos minutos, quieta, disfrutando la sensación de pérdida de peso en el silencio de sus oídos dentro del agua. De pronto escuchó algo, pero no abrió los ojos. Estaba perdida en sus pensamientos y en sus sensaciones. Otra vez...

Fue cuando abrió los ojos y perdió el equilibrio, hundiéndose de momento para rebotar cuando sus pies tocaron el fondo de la piscina.

—¿Te he asustado? Lo siento, de veras. Llevo un buen rato llamando, pero nadie me abría y di la vuelta a ver si estabais en el jardín. Soy Ricardo Barrios —le decía torpemente una belleza de hombre que la miraba desde el borde de la piscina—. Y tú debes de ser Ana, ¿verdad?

“Madre de Dios”, pensó Ana, “este tío está como un tren”. ¿Quién era? Ricardo Barrios, no le sonaba de nada.

—Sí, soy Ana —logró decir.

—Es que ayer me encontré con tus padres y me invitaron a tomar una copa esta noche, pero he venido a decirles que esta noche tengo que volver a Londres. Se me ha presentado algo urgente, ya sabes. ¿No están en casa?

Ricardo tuvo que hacer uso de toda su compostura para hablar. Se había quedado literalmente mudo cuando vio a Ana. Ricardo se había detenido a unos pocos metros de la piscina y permaneció observando semihipnotizado aquella maravillosa criatura que flotaba lánguidamente en el agua. Su esbelta figura yacía sobre la superficie de la piscina y su melena con destellos de oro flotaba alrededor de su cabeza como un halo. Se concentró en su pecho, que subía y bajaba ligeramente al ritmo de una respiración lenta y relajada. La bella niña estaba como fuera de sí con una dulce sonrisa en sus labios grandes y carnosos. Se traslucían sus pezones a través de la blanca tela del traje de baño elástico. Tenía las puntas de los pezones erguidas, de modo que sobresalían del contorno de la tela. Tenía las piernas abiertas y el ángulo de 45 grados terminaba en un pubis juvenil que se delataba a pesar de su cobertura. Era un traje de baño sencillo, de corte francés, que alargaba sus piernas hasta la cadera.

Fue instantáneo. Sintió que su pene se hinchaba dentro del traje de baño. Menos mal que la camiseta era larga y le llegaba hasta casi la mitad de los muslos. ¡Qué barbaridad! Esto era una señal de vejez. ¡Cómo iba a tener una erección ante una colegiala en traje de baño! Ni que acabase de llegar de la mili...

—¡Hola! —ella no se movió.

—¡¡Hola!! —y vio cómo aquella criatura abría los ojos y se hundía, simultáneamente, para surgir después de un segundo con los ojos muy abiertos.

No recordaba bien cuáles fueron sus primeras palabras. No sabía ni cómo recordó el nombre de Ana. Manolo le hablaba a menudo de sus hijos, y este nombre se le había quedado grabado. “Ana, Ana, Ana...”, repetía en su interior. Volvió en sí ante la contestación de Ana a una de sus preguntas.

—No, lo siento. Mis padres bajaron al Beach. Pero no deben tardar. Puede usted esperar, si quiere.

Ella le trataba de usted. Claro, era una chiquilla, y él casi tenía la edad de su padre. Ricardo sintió por vez primera el peso de los años, pero reaccionó rápido.

—Pensé que tu generación ya no trataba a nadie de usted —dijo con una sonrisa.

Ana se sintió un poco cortada.

—Bueno, es que... —balbuceó.

—Llámame Ricardo —pidió él ante su turbación.

—Vale, Ricardo; si quieres, puedes esperarles o si no...

—Si no te importa, espero un ratito.

—Estás en tu casa —contestó Ana. La situación era un poco incomoda. Él allí, de pie, y ella en la piscina. O él entraba o ella salía. Torpemente, se oyó decir:

—¿Te apetece beber algo? Hace mucho calor.

—Pues sí, no es mala idea —y miró el vaso vacío al borde de la piscina—. Tomaré lo mismo que tú. Ricardo vio que Ana se ruborizaba. Era precioso.

Entonces, sin moverse del sitio donde se había clavado, observó cómo Ana avanzaba en el agua de la piscina hacia la escalerilla y se empinaba hacia arriba, con lo que el agua se deslizó por su cuerpo. Se pasó las dos manos por la cabeza para retirarse el pelo de la cara. El traje de baño se le pegó alrededor del cuerpo igual que una segunda piel. Ella miró alrededor como si buscara algo.

—He olvidado la toalla —y acto seguido se sacudió unos segundos como lo hace un perrito mojado, en tanto que Ricardo observaba la vibración de sus apretadas carnes y los pequeños saltitos de su pecho redondo.

Ana era consciente de que el traje de baño resaltaba las partes más íntimas de su cuerpo. Pero no le importaba. Estaba un poco colocada. Se sentía algo mareada por el alcohol e impresionada por el hombre parado a pocos pasos de ella. Fue como una aparición, cuando salió del agua después del susto y sus ojos empañados se enfocaron por fin sobre aquel pedazo de hombre. Lo primero que vio fueron las piernas, unas piernas musculosas, velludas y muy largas. Después el filo de una camiseta blanca con un bolsillo en el pecho donde abultaba un paquete de tabaco con el mechero. Y luego la cara... Estaba moreno del sol. Tenía barba de varios días sin afeitarse. Llevaba gafas redondas que enmarcaban unos ojos marrones y muy penetrantes. De mirada inocente, parecía estar asustado. Su nariz era recta y sus labios carnosos. Una melena abundante que le llegaba al cuello y un mechón le caía provocativamente sobre la frente. Era un pelo castaño con canas en los laterales sobre las orejas. Siempre le gustaron los hombres con canas. Su voz era grave y aterciopelada. Mostraba una sonrisa pícaro y su rostro se iluminaba cuando reía. Tenía los dientes ligeramente torcidos, lo cual le daba un aire travieso y juvenil.

—En seguida vengo —Ana se agachó para recoger su vaso, mientras Ricardo le miraba el culo, redondo y respingón. El traje de baño se le había metido entre las nalgas.

Parte de ellas asomaban por debajo.

—Si quieres, te acompaño.

—Vale, como quieras —Ana sonrió.

Corrió la puerta de cristal que daba acceso a la casa y se adentró seguida por Ricardo. Descalza, aún chorreaba agua que iba dejando en gotas sobre el mármol. Ricardo llevaba unos náuticos azules sin medias. Ana entró en la cocina y dejó el vaso que llevaba en la mano; luego abrió la nevera. Sacó una coca cola enlatada y la puso en la encimera. Buscó un vaso largo y volvió a tomar el suyo. Luego llenó ambos vasos de hielo y cogió la botella de Bacardí mientras Ricardo hizo saltar la anilla del envase de Coca Cola.

—Bacardí y yo nacimos en la misma tierra —dijo Ricardo.

—¿Ah, sí?

—Sí, nació en Cuba. Mis padres eran emigrantes; luego regresaron a España, poco antes de la revolución. Yo era un niño aún.

—¿Y te acuerdas de Cuba? —preguntó ella, interesada en el relato.

—De algunas cosas. De mi casa, de mis amigos y sobre todo de las playas; son una maravilla —contestó Ricardo en tono evocador.

—Eso he oído decir —corroboró Ana.

Ana puso bastante ron sobre el hielo de ambos vasos. Ricardo le alcanzó la lata y ella terminó de rellenar los vasos. Luego alargó un vaso a Ricardo, precisamente el que ella había utilizado. Él se dio cuenta y le gustó.

—Nunca he sabido por qué lo llaman “cubalibre” —comentó Ana.

—La verdad es que yo tampoco. Quizás por la mezcla de la coca cola americana con el ron cubano. Algo así como decir que hasta que los americanos no se mezclen en Cuba, la cosa no se va a aclarar.

—¿Es por eso? —preguntó Ana ingenuamente.

—No lo sé. Podría ser... De todas maneras, los cubanos de fuera no piden un “cubalibre”, sino “una mentirita”; porque Cuba de libre no tiene nada. A Ana le hizo mucha gracia.

—Eso es verdad —comentó.

Ella tomó el otro vaso y brindaron.

—Salud.

Ella bebió, él bebió. Ana se dio la vuelta rumbo a la piscina seguida por Ricardo. Al llegar, ella se sentó en una tumbona e invitó a Ricardo a sentarse en otra a su lado. Ricardo se sentó y comenzó a beber su cubata.

—¿Trabajas con papá? —preguntó Ana al cabo de un largo silencio.

—No. Hemos hecho algunos negocios juntos cuando trabajaba en un banco aquí, en España. Hace dos años me hicieron una oferta interesante para la sucursal en Londres de un banco norteamericano. Trabajo en la sección de inversiones inmobiliarias. Es lo que llaman un “merchant bank”.

—Ah, ya —comentó Ana sin saber muy bien de qué iba la cosa. —¿Y cómo sabías mi nombre?

—Bueno, conozco a tu padre desde hace algunos años y he coincidido en varias cenas con tu madre también. Hablan mucho de vosotros.. Los padres suelen estar orgullosos de sus hijos.

—¿Tú tienes hijos?

—No; soy soltero. Todavía no me ha tocado... —dijo Ricardo, sin completar la frase.

—Algo que tenemos en común; yo también soy soltera. —diciendo esto Ana se echaba a reír y Ricardo la imitó.

—Oye, no sé cuanto pueden tardar mis padres, así que, si tienes prisa...

—No te preocupes, si no te importa espero un rato. A no ser que prefieras que me marche —añadió Ricardo, que parecía conocer la respuesta.

—No, claro que no... Me has caído bien... ¿Veraneas aquí, en Marbella?

—Más bien no. Vengo algunos días en verano a entrevistarme con algunos clientes, pero prefiero tomar mis vacaciones en épocas menos congestionadas.

—Ya.

Ana no sabía qué más decir. Se veía forzada a continuar la conversación.

—¿Cuál es tu signo zodiacal? —preguntó como último recurso.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó él a su vez.

—No sé. Me gusta la astrología.

—Pues nací a principios de abril, soy Aries.

—¡Jolín, Aries! —exclamó Ana espontáneamente.

—¿Qué quiere decir “jolín, Aries”? —quiso saber Ricardo.

—Nada, son personas intensas. Yo soy Escorpio.

—Anda, pues por lo poco que sé yo de astrología, los Escorpio son de cuidado... —dijo él como si de verdad fuera un entendido.

Ana rió de buena gana.. Sí, los escorpio tenían mala fama. Pero a ella le gustaba su signo. Siempre le habían dicho que los escorprios eran muy sensuales. Esta palabra le encantaba. ¡Sensual! Ella quería considerarse una mujer sensual ante todo. Algo así como Sarita Montiel en sus buenos tiempos. Se miraron unos segundos entre sorbo y sorbo de cubata. Ella había casi terminado y Ricardo lo empinó para no quedarse atrás. Ana había puesto bastante ron, y con el azúcar de la coca cola se le subía rápido. Ana reía muy divertida.

—¿De qué te ríes? —preguntó Ricardo.

—No sé, debe de ser que estoy contenta. La gente se ríe cuando está contenta, ¿no?

—Sí, claro. La risa es algo maravilloso —dijo Ricardo.

—¡Pues, riéte entonces! —le animó ella.

Ricardo rió. Se sentía algo cortado, sin embargo, y deseaba que no fuera así.

—¿Te vale así? —preguntó, al tiempo que dejaba escapar una franca carcajada.

—¡Sí, sí! —dijo Ana—. ¡Así está mejor; reírse sola no tiene gracia!

Ricardo reía ahora abiertamente, como si no lo hiciera desde hacía tiempo. Parecían dos chiquillos tontos riéndose por nada. De pronto, él dijo:

—Oye, si quieres sigue nadando, que te he interrumpido.

—¡Si no sé nadar! —dijo Ana, muerta de risa—. Hasta ahora solo he aprendido a flotar.

—¿Me tomas el pelo? —decía Ricardo.

—¡De veras! De pequeña una vez por poco me ahogo, y me acojoné. A Ricardo le chocó esta expresión de Ana.

—Cómo está la juventud de hoy en día...

—¡Venga ya! No te pongas como mi padre, que hasta ahora estabas muy bien —protestó ella con viveza.

—Vale, vale; perdona. No soy tan viejo como tu padre. —reaccionó Ricardo, algo tocado en su vanidad.

—¿Qué edad tienes?

Ricardo vaciló.

—¿Sabes? —dijo al cabo de unos segundos—. De pronto me he sentido como las mujeres cuando les preguntan la edad. Si prometes que me seguirás tratando con la misma confianza, te lo diré.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —preguntó Ana, cada vez más divertida.

—No sé; por carroza, quizás.

—No eres tan viejo, no importa la edad que tengas —dijo ella con aplomo.

—Pues tengo cuarenta y uno —confirmó Ricardo, la voz un poco quebrada.

—¡No fastidies!

—¡De verdad! —dijo él en el mismo tono.

—Pues estás de puta madre. Yo te echaba unos treinta y tres o así.

—Hombre, muchas gracias —dijo Ricardo, más animado.

—Debe de ser porque no estás casado. El matrimonio siempre avejenta...

Los dos se echaron a reír de nuevo. Ricardo se sentía muy extraño, como rejuvenecido. Casi igual a un chico de la edad de Ana.

—Y tú ¿cuántos tienes?

Ana se sintió cortada. Por primera vez quiso tener algunos añitos más.

—Voy a cumplir dieciséis en octubre —confesó al fin.

—Pues sin afán de ofenderte, pareces mayor —dijo Ricardo.

Esto complació muchísimo a Ana. Deseaba que fuese cierto, que aquel hombre no la viese como la cría que era, que la viese como a una mujer, ya que ella le veía como un hombre.

Ana le sonrió medio cortada.

—Si quieres, puedes nadar un rato, hace mucho calor —dijo Ana, a modo de invitación.

—Me meto si tú también lo haces.

—Vale —respondió ella en su peculiar estilo.

Ambos dejaron los vasos, que ya sólo contenían hielo, y se acercaron al borde de la piscina. Ana bajó por la escalerilla.

Ricardo se detuvo en el borde y se quitó la camiseta y la gafas, que dejó al lado de la piscina. Luego se dirigió a la parte más honda. Ana le miraba. Tenía el pecho velludo y un vientre liso. Llevaba un traje de baño deportivo, tipo Tarzán. Era mucho más sexy que esos pantalones bermuda hasta medio muslo. Pero claro, había que estar en muy buena forma para ponerse un bañador como ése.

Ricardo se detuvo al borde de la parte honda de la piscina. Ana le miraba aún con sólo medio cuerpo inmerso en el agua. Él dio un salto y se tiró de cabeza a la piscina. Ana le observó nadar por debajo del agua hacia ella, hasta que llegó y la agarró por las piernas. Mientras ella chillaba, él salió del agua salpicándola. Ana chillaba como una colegiala...

Entonces se sumergió en el agua, mojándose toda. Cuando salió, Ricardo nadaba nuevamente por debajo del agua hacia el lado opuesto. Tocó el borde, respiró y regresó a su lado.

Cuando salió, Ana le aplaudió por la hazaña. Ricardo saludó ceremoniosamente y ambos rieron.

—Nadar no es tan difícil, de veras —decía Ricardo mientras se recuperaba.

—No, si ya lo sé. Pero... aprenderé a mi aire.

—¿Me dejas que te ayude?

Ana vaciló un instante.

—Es que me da un poco de miedo —dijo como excusa.

—Te prometo que no te va a pasar nada. He enseñado a mis dos sobrinos a nadar...
—explicó Ricardo con tono convincente.

Ana le observó. Estaban los dos con el torso fuera del agua en la parte menos honda. Ricardo miró los pechos de Ana medio transparentados por la humedad del bañador.

Ana se dio cuenta y le gustó.

—Bueno, ¿y qué tengo que hacer? —preguntó ella.

—A ver, primero cógete al borde de la piscina y mueve las piernas paralelamente, manteniendo tu cuerpo a flote.

Ana se sujetó al borde de la piscina bocabajo y empezó a patear tratando de mantener el cuerpo a flote en el agua.

—¿Así? —preguntó en un grito.

—Muy bien, ¿ves? Empina el pompi, así... No es tan difícil la cosa. Ana continuaba sin dejar de mirar a Ricardo.

—¡Sigue, sigue! —decía él—. Y Ana seguía, obediente y confiada.

—¡Estira bien los brazos y mantén el cuerpo a flote!

Ella empezaba a encontrarlo fácil. Fuera o dentro del agua, Ana sentía que flotaba... Ricardo la dejó continuar un poco más. Luego se colocó detrás de ella y le agarró los tobillos en tanto decía:

—Ahora veamos qué tal lo haces con los brazos. Yo te voy a sujetar; no tengas miedo, que no voy a soltarte —Ricardo le abrió las piernas y la tomó por la cintura—. ¡Ahora suelta el bordillo y mueve los brazos, uno primero y otro después, como si estuvieses nadando en estilo libre.

Ana obedeció una vez más. Soltó las manos y no se hundió, ya que las manos de Ricardo aprisionaban su estrecha cintura y la mantenían a flote. Mientras tanto sus piernas estaban pegadas a ambos costados del cuerpo de Ricardo. Se sentía muy vulnerable con él en medio de sus dos piernas. Ricardo estaba de pie entre sus muslos. Entonces, lentamente,

Ana comenzó a mover los brazos como aspas de molino entrando y saliendo del agua.

—¡Así, muy bien! —repetía Ricardo—. Deja que tu cabeza se introduzca en el agua y respira sacándola de un solo lado... Así, coge aire y vuelve a introducirla en el agua al tiempo que mueves los brazos. ¡Muy bien, muy bien, Ana!
¿Ves qué fácil es?

Ana seguía las instrucciones de Ricardo como una autómatas, pero sus sentidos estaban en otro sitio. Las manos de Ricardo apretaban su cintura y él se movía hacia adelante, pegándose más a su entrepierna. Intentó cerrar sus piernas, que toparon con las caderas de el hombre. Automáticamente volvió a separarlas, de modo que le dejó avanzar hacia su cuerpo. De pronto, algo en su interior se estremeció. El sexo de Ricardo se apretaba contra el suyo... Por un momento sintió que su respiración se alteraba y perdía el ritmo acostumbrado. Intentó recuperarse y siguió introduciendo sus brazos en el agua, uno primero y otro después.

—Así, así... —le oía decir; pero esta vez su voz era un poco más ronca.

No, no estaba equivocada. Sentía algo muy duro presionar contra su sexo. ¿Podía ser cierto? ¿Estaba Ricardo frotando su erección contra ella? No estaba acostumbrada a esto. Usualmente, cuando un chico la besaba y se apretaba contra su cuerpo, ella se soltaba rápidamente. Sabía reconocer una erección y le asustaba. Pero esta vez no se podía soltar, y tampoco quería soltarse... Ella seguía nadando y él se frotaba incesantemente contra su cuerpo. Sintió cómo las manos de Ricardo se deslizaban desde su cintura por su torso. “¿Qué hace?”, pensaba. Fue muy despacio, pero al final las manos de Ricardo la sostuvieron por las axilas y sus dedos se alargaban por los laterales de su pecho. De nuevo la respiración se agitaba y perdía el ritmo de la entrada y salida de la cabeza en el agua. Aquello no podía ser real... Pero no se atrevía a hablar, seguía nadando como una autómatas, un robot al que hubiesen introducido una moneda. Las manos de Ricardo se volvieron cada vez más audaces. Avanzaron hasta cubrir sus pechos. Los dedos de aquel hombre apretaban sus pechos rítmica y sensualmente. Era la primera vez que alguien invadía ese espacio íntimo. Los pechos de Ana se colocaron perfectamente en el cuenco de las manos de Ricardo. Ana no pudo más... Dejó de nadar y estiró los brazos en el bordillo de la piscina. Él no pareció darse cuenta y siguió pegado a ella con las manos sobre sus dos pechos firmes y juveniles. Ana sintió que sus caderas cobraban vida propia y empezaban a moverse contra el sexo duro de aquel desconocido. Fue algo totalmente nuevo para ella, pero notó que su sexo se hinchaba bajo el blanco traje de baño. Ricardo cada vez se frotaba más y más contra ella y ella intentaba seguir el ritmo desenfrenado de su movimiento. Entonces las manos de Ricardo se deslizaron hacia atrás y penetraron en los laterales del traje de baño. Ana se mordió el labio inferior con fuerza. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué pretendía aquel hombre, un hombre que podía ser su padre? ¿Cómo se atrevía a...? No obstante, lo escandaloso de cuanto estaba ocurriendo la excitaba poderosamente y se negaba a que el pudor y el puritanismo que le habían

inculcado resurgiera para detener semejante locura. Sintió que las enormes manos de Ricardo aprisionaban sus pechos y sus dedos apretaban los erguidos pezones. Deslizaba las puntitas entre sus dos dedos deliciosamente... Era la primera vez que unas manos se posaban desnudas sobre su piel. Ella no era persona; era agua con el agua, calor con el calor; era otra cosa, pero no la chica tonta de quince años que se había introducido pocos minutos antes en la piscina.

Por su cuerpo pasaban ondas eléctricas, sensaciones nuevas y deliciosas. Menos mal que estaba en el agua, porque de su cuerpo emanaba la humedad, que parecía incontenible. Tenía los ojos cerrados y aún notaba cómo cada vez más el sexo de Ricardo se frotaba contra su sexo con mayor fuerza y más descaro. Se ayudaba de las caderas para frotarse contra él. Su cuerpo era todo sensación, todo delicia, todo un sentimiento desconocido... Intuía que hacía algo prohibido. Pero no le importaba, nadie le podía arrebatarse aquel momento, aquel placer intenso y desconocido. Advirtió la respiración de Ricardo cada vez más agitada y cada vez más evidente, y también se dejó ir. No reprimió sus sonidos, su respiración ardiente.

Ricardo se hallaba perdido. No quería pensar en lo que estaba sucediendo, algo que no quería reconocer. Algo animal e incoherente dentro de él lo empujaba con vehemencia.

Cuando sintió el sexo de aquella niña contra el suyo, se volvió loco de pasión. Nunca en toda su vida, con ninguna de sus miles de amantes había sentido nada tan delicioso y excitante. Ana había puesto al descubierto una fibra muy oculta dentro de su sentir de hombre. ¡Quería comérsela viva, comprimirla, penetrarla, destrozarla! No; tenía que contenerse, pero... ya había ido demasiado lejos. La pasión le consumía, le dominaba, le desgarraba. Y ella... ella no hacía nada. Sí, claro que se daba cuenta. No podía no darse cuenta. Cuando se atrevió a tocar sus pechos jóvenes y firmes, ella no protestó. Luego, casi sin darse cuenta había introducido las manos bajo el traje de baño y ella se lo había permitido. Ana lo estaba disfrutando, quizás tanto como él.

Ricardo se sentía fuera de este mundo. La cabeza le daba vueltas y aspiraba el aire entre los dientes apretados, produciendo el sonido del más desenfrenado deseo animal. ¡Ya no podía más! ¡Nunca, nunca había sentido una hinchazón tan grande en su miembro! Ricardo frotó su sexo comprimido por el bañador contra el sexo de Ana también cubierto por la tela elástica. Ella estaba mojada, mojada por el agua y mojada por la secreción de su interior. La tentación de penetrarla era muy grande, pero se resistió. ¡No, no podía! ¡No era más que una niña! Ya había ido demasiado lejos... Y, además, no le daba tiempo... estaba a punto...

Ana no veía, no podía ni respirar. Lo que le estaba sucediendo era la culminación de todas las fantasías y de todos los deseos. No pensaba, sólo quería sentirlo... Se frotaba

contra él sin recato, sin vergüenza y ya casi sin ritmo. Su respiración la delataba. Quería sentir placer, desencadenar tanta ansiedad reprimida durante años, las ganas de hombre...

¡Cuánto había soñado, cuántas veces había imaginado cosas así! Nunca pensó que llegaría un momento tan excitante y sublime. Ya no respiraba, gruñía, gritaba... No le importaba nada. Él también gruñía, también la sentía tan desesperadamente como ella. Era un hombre y ella una niña, y presentía que esto excitaba a Ricardo.

Corruptor de menores... Usurpador de inocencia... ¡Le encantaba! Sabía que lo ilícito le excitaba más de lo que le había excitado cualquier otra experiencia. Era su única ventaja frente a todas las mujeres que sin duda había poseído. Para ella, sin embargo, aquel era su momento culminante. La experiencia máxima, el más allá de todas sus fantasías de adolescente. Jamás su cuerpo se había encendido de tal manera.

Para Ricardo el simple contacto con la superficie del recinto virginal de Ana fue demasiado. Su cuerpo ya no le respondía. La fricción era tremendamente excitante. Así, así quería pasar el resto de su vida, pegado al sexo de aquella criatura que le estaba volviendo loco. Por instantes, la fricción era más fuerte, más acelerada. Ricardo ya no podía parar. Repetía el nombre de “Ana, Ana, Ana...”, y, al escucharle, ella sintió todo su cuerpo convertirse en un reloj de sexo cuyo tictac la enloquecía hasta que salió de ella el primer grito. Era la aproximación, la inmediatez del desenlace, el final, el delirio, una locura como nunca imaginó... Ricardo la presintió y la sintió... y ya no pudo más. Notó que el vientre se le desgarraba y se dio cuenta de que gritaba cuando sus oídos registraron aquel sonido de animal herido que emanaba de sus pulmones sin recato.

Ana, al escuchar el grito desgarrado de Ricardo, se desencadenó ferozmente a fin de ahogar su propio sonido. Nunca, nunca antes había gritado al sentir un orgasmo, pero entonces no lo pudo controlar y, más que un grito, fue un gemido, un aullido de quien se abandona a su suerte mortal. Para Ana fue un orgasmo eterno. Eterno y eterno... Perdió el equilibrio y sus pies tocaron el fondo de la piscina en busca de la realidad. Ricardo dio unos pasos y se sentó en los escalones de la piscina; luego apoyó la cabeza contra la barandilla... Ella no se atrevió a mirarle. Cuando recobró la compostura,

Ana salió de la piscina y se dirigió a su habitación. Al llegar al salón, la puerta se abrió y sus padres entraron.

—Hola, cariño; se ha nublado el día y decidimos volver —dijo su padre.

Ana apenas pudo reaccionar.

—Menos mal, hace unos minutos llegó un amigo vuestro. Está en la piscina. Papá, sólo invitas a tíos carrozas. A ver si un día te traes a Miguel Bosé.

Ana entró en la habitación, cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella hasta deslizarse casi sin conocimiento hasta el suelo.